

Nacimiento y educación de un niño en la Edad Media, según manuscrito del siglo XIV *(Biblioteca Nacional de París). La educación del futuro universitario comenzaba, tras su nacimiento, con los cuidados del ama, primero, y del religioso, después.*

La síntesis medieval. Las universidades. Dante

En los capítulos anteriores ya ha sido necesario mencionar las universidades; pero, mientras en tiempo de Abelardo todavía los maestros enseñaban en escuelas catedralicias, como la de Notre-Dame, o en escuelas monásticas, como la de San Víctor o de Santa Genoveva, un siglo después Santo Tomás y San Buenaventura recibían grados y explicaban en lo que ya llamábamos la universidad de París. Es, pues, en este intervalo, precisando más, en la segunda mitad del siglo XII, cuando tuvo efecto la fundación, o, mejor dicho, organización de las primeras universidades europeas: Bolonia, París y Oxford. Las causas de su fundación y los detalles de su organización son difíciles de precisar, porque luego la vanidad académica hubo de inventar las leyendas de la fundación de la de Oxford por el rey Alfredo, la de París por Carlomagno y la de Bolonia por Teodosio II, lo que no sólo son fantasías, sino que además oscurecen lo que pudiera haber de verdad en ellas.

El empeño de querer aparecer como fundaciones reales las primeras universidades en cierto modo se explica porque las que se



Página de "Miscelanea medica", de Constantinus Africanus, realizada en el siglo XIII (St. John's College, Cambridge). Este médico cartaginés del siglo XI es considerado uno de los restauradores de la ciencia médica griega en el sur de Italia.

crearon después fueron establecidas y dotadas por monarcas. La universidad de Nápoles fue fundada en 1224 por Federico II; la de Palencia en 1212 por Alfonso VIII de Castilla; la de Salamanca en 1230, por Alfonso IX de León; la de Lérida, por Jaime II de Aragón, en 1300, y así casi todas las demás. Pero las universidades de Bolonia, París, Oxford y algunas de sus hijuelas tuvieron muy distinto origen. La misma palabra *universitas* ya lo indica: universidad se usaba, en sentido general, para significar gremio o cofradía; las universidades empezaron, pues, siendo asociaciones de maestros o de estudiantes, lo que supone la existencia de una escuela todavía independiente. En cambio, el verdadero nombre de lo que hoy llamamos *universidad* era el de *estudio* o *Studium Generale*, y este título tomaron las fundaciones reales.

En la confusión legal que reinaba en los primeros siglos de la Edad Media, cuando cada uno tenía derecho a ser juzgado según la ley romana o según su propio código teutónico, era natural que los profesionales de cualquier estamento trataran de organizarse en gremio o universidad para precisar su estado civil. Maestros y estudiantes, la mayoría extranjeros, tenían que reclamar una *carta* o *privilegio* que precisara sus derechos y legalizara una corporación que pudiese tratar de igual a igual con los concejos de las ciudades donde estaban instaladas las escuelas. La primera *Carta* donde aparece definida la personalidad civil de los estudiantes italianos es el privilegio de Federico Barbarroja, del año 1158, por el que el emperador toma a los estudiantes italianos bajo su protección y amparo y les concede el derecho de ser juzgados por su maestro o por el obispo. No hay que decir que con este fuero los estudiantes, dondequiera que se asociaran, formarían pronto una ciudad dentro de la ciudad, y requerirían una organización, si es que no la tenían todavía.

Tal organización serviría también para contratar nuevos maestros, fijar el precio de los alquileres para las casas de estudiantes y, sobre todo, para obtener sucesivas concesiones. Acaso exageremos, pero lo positivo es que escuelas que no llegaron a constituirse en *universidades* o corporaciones gremiales tuvieron un crecimiento lento o decayeron por completo, mientras que los estudiantes acudieron cada día en mayor número a los *estudios* organizados. El contraste entre el desarrollo paralelo de una escuela sin *universidad* gremial y otra con los estudiantes organizados puede observarse en las dos más famosas escuelas italianas de esta época: la de Salerno, para los estudios de Medicina, y la de Bolonia, para los de Derecho.

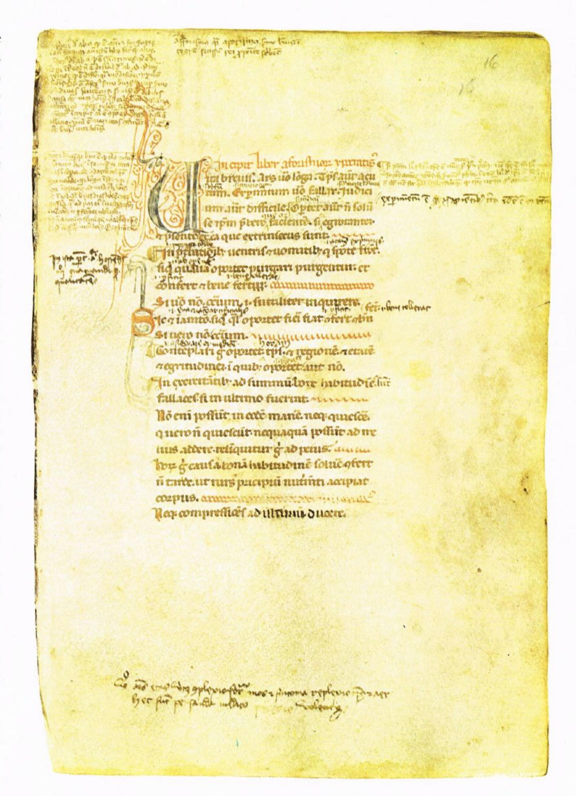
Durante toda la Edad Media había prosperado Salerno en el confín de la latinidad con la cultura helénica, o bizantina, al sur de Italia; más tarde los salernitanos habían visto a los árabes desembarcar en sus playas, ocupar Sicilia y establecerse definitivamente al otro lado del mar, en el norte de África. No es, pues, de extrañar que la leyenda afirmara que la escuela de Medicina de Salerno había sido fundada por cuatro maestros: uno latino, otro griego, otro judío y otro árabe, y que la influencia árabe fuese la predominante. Pero estudiando los textos médicos salernitanos se ha aclarado que, en cambio, reaparecen en ellos reminiscencias de la medicina griega, aunque obtenidas de adaptaciones y traducciones árabes. Sin embargo, no sorprende mucho el error de hacer "ara-

bizantes" a los doctores de Salerno, porque el primer personaje bien documentado de la escuela es un moro bautizado de Cartago, conocido por Constantino Afer, o Africano, que murió en 1087. Éste, ciertamente, sabía árabe y griego, ya que, siendo monje de Montecassino, tradujo los *Aforismos* de Hipócrates, y su versión latina es precisamente la que ha venido utilizándose hasta nuestros días.

La sola obra original atribuida a la escuela de Salerno es una especie de Higiene que lleva el título de *Régimen para la Salud*. Ha sido el texto médico más popular de todos los tiempos. El año 1870 todavía se imprimía en inglés, en Filadelfia, y en 1880 aparecía una nueva traducción francesa. El *Régimen* da consejos higiénicos, o irónicos, como éste: "Calma, Temperancia y Buen Humor son el primero, segundo y tercer doctor". Recientemente se ha descubierto que el *Régimen* no es sino una superchería del gran médico catalán Arnaldo de Vilanova, quien, para dar más autoridad a su poema, declara en el primer verso que la obra había sido compuesta por la escuela de Salerno en corporación. Y hoy parece casi seguro que esto es lo que faltó a Salerno precisamente: la corporación, la *universidad*. Había allí tradición médica, se conocían los herbarios antiguos y algunas prácticas de la clínica griega; es positivo que no pocos acudían allí para curarse, y que hasta algunos iban a Salerno para estudiar lo que se llamaba *Artem medicinae naturaeque rerum,* pero no se llegó a constituir en Salerno un *Studium* como el que veremos crecer en Bolonia. Es más, pronto se fundó la universidad de Nápoles, y aunque se quiso conservar la escuela de Salerno, ésta nunca volvió a recobrar la reputación europea que tenía en el siglo XII.

Los comienzos de la universidad de Bolonia son análogos a los de la escuela de Salerno. La especialidad de Bolonia era el derecho romano, que nunca fue del todo olvidado y del que se hicieron, en varios países de Europa, *Breviarios* y compendios durante la Edad Media. Pero el derecho romano no empezó a estudiarse metódicamente hasta el siglo XII, y precisamente en Bolonia. Así como en Salerno había doctores que curaban, en Bolonia hubo jurisconsultos que pleiteaban y enseñaban también, pero aquí aparecieron pronto los gremios escolásticos, o *universidades,* y por esto prosperó el *estudio*. Bolonia era ciudad imperial; ya dijimos que el derecho romano justificaba la posición suprema del emperador, cabeza de las jerarquías feudales. Se ha supuesto que la *Carta* de Federico Barbarroja, ya citada, tendía principalmente a favorecer las escuelas de derecho romano de Bolonia. Pero pronto, también hacia la mitad del siglo XII, un monje de Bolonia, Graciano, compiló las disposiciones de la Iglesia en un breve texto escolástico llamado *Decretum,* que logró en seguida gran popularidad. Más aún, cuando, a la mitad del siglo XIII, San Raimundo de Peñafort codificó en las llamadas *Decretales* la jurisprudencia católica, ésta pudo competir con el derecho imperial en utilidad e importancia. Se ve, pues, que hay que buscar otra razón para explicarse la prosperidad incesante del *estudio boloñés,* a menos que no se piense que la rivalidad entre el papa y el emperador pudo llevar a ambas potestades a granjearse la benevolencia de los jurisconsultos de Bolonia con nuevas concesiones.

Lo más probable es que la escuela de Bolonia creciera primero que las otras –y tiene



Primera página de los "Aforismos" de Hipócrates en un manuscrito latino del siglo XIV con anotaciones, conservado en la biblioteca del monasterio de El Escorial. La traducción de Constantino Afer ha venido utilizándose hasta nuestra época.

el derecho de ser llamada madre de todas las universidades de Europa–, porque los estudiantes se asociaron allí en corporaciones antes que en otras partes. Es casi seguro que, en un principio, las fraternidades escolares de Bolonia fueron, por lo menos, de cuatro *naciones:* toscanos, lombardos, romanos y ultramontanos. Por *ultramontanos* se entendían todos los estudiantes de más allá de los montes, es decir, de los Alpes. Pero a mediados del siglo XIII los tres primeros gremios, o naciones, ya se habían reunido en uno, y el *estudio* de Bolonia comprendía sólo dos universidades: *Universitas Citramontanorum* y *Universitas Ultramontanorum.*

Por lo que hemos anticipado del carácter

DANTE, TESTIGO DEL CAMBIO SOCIORRELIGIOSO DE SU TIEMPO

Al mismo tiempo que Dante se presenta como incuestionable defensor de la idea de un orden jerárquico universal, bajo los auspicios y tutelas de la fe cristiana occidental, va ofreciendo a lo largo de su obra los aspectos más importantes del cambio religioso que se venía operando en el seno de una sociedad medieval basada en el régimen de cristiandad.

Si el papado de Gregorio VII supuso una decidida reivindicación a favor de la independencia del poder papal, sus sucesores no cejaron en el mismo empeño. El propio Bonifacio VIII defendió a ultranza la supremacía universal del poder papal. Pero tales reivindicaciones no satisfacían del todo a un descendiente de familia güelfa. Para él la necesidad de un Imperio universal, como institución natural, le impedía aceptar una autoridad superior al monarca universal y a cualquier intermediario clerical, ya que la autoridad del emperador universal procede directamente de Dios. Por esto no es extraño que Dante colocase a Enrique VII en el Paraíso, donde vio que había un espléndido trono para el alma augusta *"dell'alto Arrigo"*. Ni que colocase en el Infierno, entre simoníacos, al *"pastor senza legge"*, como llamó a Clemente V. En consecuencia, tampoco agradaban a Dante las pretensiones monárquico-nacionales de un Felipe el Hermoso. Tampoco servían para la construcción de un Imperio en Roma como institución de derecho natural.

De este modo, Dante pasaba a engrosar el sinnúmero de personas que veían en la Iglesia la responsable de la crisis de fe, pozo de vicios sin fin, que haría exclamar a Guilhem Figueira que Roma era la cabeza, cima y raíz de todos los males, o a Peire Cardenal que los clérigos eran "grandes felones que venden y deshacen a los hombres". También el monje Pierre de Vaulx-de-Cernay podía testimoniar que "la Iglesia romana casi toda entera era una cueva de ladrones, y la prostituta de que se habla en el Apocalipsis". Tal vez de esta opinión, de carácter albigense, tomaría Dante la imagen para decir, con poético lenguaje y despiadada imprecación: *"Sicura, quasi rocca in alto monte, / seder sovr'esso una puttana sciolta / m'apparve con la ciglia intorno pronto"*.

Si Dante se decide por una abierta crítica en contra de la Iglesia es porque él está siendo testigo presencial de que nuevas formas de vida, nuevos sistemas de normas y valores aparecen incluso en el seno de la Iglesia. La Iglesia no podía escapar de manera absoluta ni incluso a las nuevas formas monárquicas que aparecían en Europa, y Dante no podía impedir, por su parte, una frustración y decepción que le hicieron proferir duras imprecaciones contra la misma Iglesia a la que amaba. Y las disputas de un Bonifacio VIII con un monarca defensor de las nuevas formas de convivencia política y religiosa no podían satisfacer las pretensiones universalistas e imperiales de Dante.

También la nueva atmósfera intelectual que se venía respirando en Europa resultaba inasimilable para Dante. Una reflexión de carácter trascendental, al estilo de un San Bernardo, en contra de las formas racionalistas de un Abelardo, seguramente convencerían más a Dante. Pero la misma teología que pretendía someter al examen de la razón le hizo exclamar en su *Divina Comedia:* "Insensato es el que espera que nuestra razón pueda abarcar el infinito espacio que ocupa el que es una sustancia en tres personas; y así, contentaos, hombres, con lo que los efectos os demuestran; pues si os hubiese sido posible verlo todo, no fuera necesario el parto de María; y habéis visto desearlo en vano a tales hombres que, de ser posible, hubieran satisfecho ese deseo, el cual forma parte de su eterno suplicio: hablo de Platón, de Aristóteles y de otros muchos". Y en el *Convivio* apostrofaba con más radicalidad y dureza a los que pretenden alcanzar la verdad por un camino distinto del de la fe. "Oh, estultísimas y viles bestezuelas –decía–, que a la manera de los hombres coméis, que presumís hablar contra nuestra fe y queréis saber, escudriñando y desentrañando lo que Dios con tanta prudencia ha ordenado: malditos seáis vosotros y vuestra presunción, y quien en vosotros cree".

¿Se debe pensar, pues, en un Dante reaccionario, que todavía en su *Convivio,* a principios del siglo XIV, condena lo que ya hicieran las reglas del cardenal Robert de Courçon, en 1215, proscribiendo los libros de Aristóteles en la universidad de París? ¿Acaso no se daba cuenta de que las ideas de papado e imperio estaban ya superadas y ya no eran sentidas con el fervor de años atrás?

Sin embargo, por otro lado, cuando Dante construye en su *De Monarchia* aquel imperio de institución natural sin inservibles clericales como intermediarios, ese orden político en el que no tienen lugar las nuevas aristocracias urbanas ni los regímenes comunales, donde los reyes y príncipes "usurpan el poder de gobernar" que sólo tiene el emperador y que antes resplandeció en la ahora "esclavizada Italia, enfermizo albergue, nave sin piloto en la más deshecha borrasca, no ya señora de provincias, sino de mancebías infames", ese Dante no ve desafío alguno contra la fe. Pero en esa construcción, así opina G. Gentile en su obra *Dante politico e altri saggi,* Dante utiliza más el sentido común y el razonamiento para estructurar aquel orden social armónico en el que la Iglesia dictaminaría sobre las verdades últimas, siempre que no supusiesen un enfrentamiento contra las estructuras establecidas del poder público imperial.

De esta manera el mismo Dante, testigo fidedigno de lo que ya hacía dos siglos se iba imponiendo en Europa, al criticar a la Iglesia y escribir su tratado político, escribe también la primera "rebelión contra la trascendencia escolástica". Era inevitable, era históricamente imposible escapar a la corriente de profanidad europea, y consecuentemente sus ideas sociorreligiosas no podían producir un impacto profundo, aunque su monumento literario sea inolvidable.

Dante fue, pues, testigo de un enfrentamiento general contra el orden tradicional, su denunciante y defensor acérrimo, pero ya inmerso en las nuevas formas y nuevos esquemas intelectuales a los que no podía escapar, perfectamente consciente de que el alcance de las variaciones que se manifestaban en el orden religioso e ideológico no permitían descanso ni ahorro de energías.

J. M.ª P.

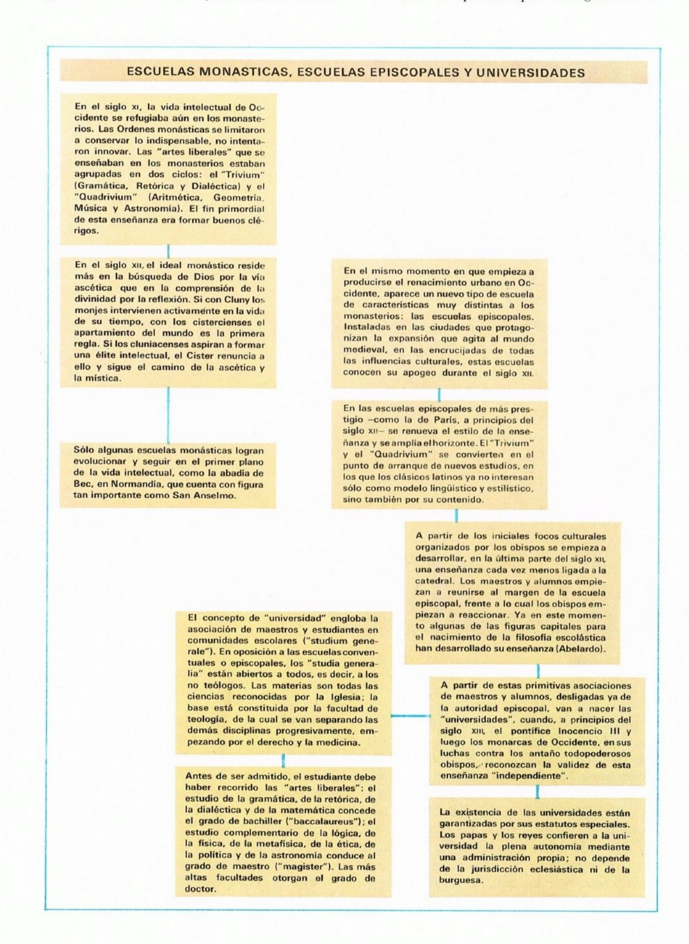


Vista parcial de Bolonia. En esta ciudad se centró en el siglo XII el estudio del derecho romano, y de las reuniones de jurisconsultos y sus alumnos surgieron los gremios escolásticos o universidades.

originariamente defensivo de las universidades, ya se comprenderá que los estudiantes que habían nacido en Bolonia, lo mismo que los profesores, pues al principio eran todos boloñeses, no tenían necesidad de pertenecer a estas asociaciones. Los estudiantes hijos de la población tenían que conformarse con las ordenanzas municipales. Hasta los servicios secundarios de una *universidad escolástica,* como la de Bolonia, no resultaban tan útiles para los que vivían en su casa o en su convento como para aquellos otros que se hubieran encontrado solos y extranjeros sin la corporación universitaria. He aquí los objetivos secundarios de una asociación escolástica de Bolonia en el siglo XIII: además de los banquetes y libaciones, sus miembros venían obligados a socorrer a los estudiantes pobres, atender a los enfermos, asistir a los entierros, procurar que reinara la paz y buena amistad entre los compañeros, y acompañar a los que se graduaban de doctores.

Los presidentes de las universidades se llamaban *rectores.* Eran elegidos por un periodo de dos años y la elección se verificaba por medio de compromisarios y por los ex rectores. La *congregación,* o asamblea general de los estudiantes, se reunía en el convento de los dominicos y era presidida por los rectores. Más tarde, al dividirse la universidad en tantos grupos como naciones de estudiantes, cada nación elegía un *consiliario,* y éstos elegían a un rector único para todo el *estudio.* Los consiliarios con el rector formaban el consejo directivo, el cual determinaba la fecha en que debía reunirse la congregación. Además, había un notario, dos *massarios* o tesoreros, y los bedeles. Otros cargos universitarios eran los llamados *peciarios,* encargados de vigilar que los libros que se vendían o alquilaban a los estudiantes no fuesen excesivamente caros ni tuviesen textos corrompidos.

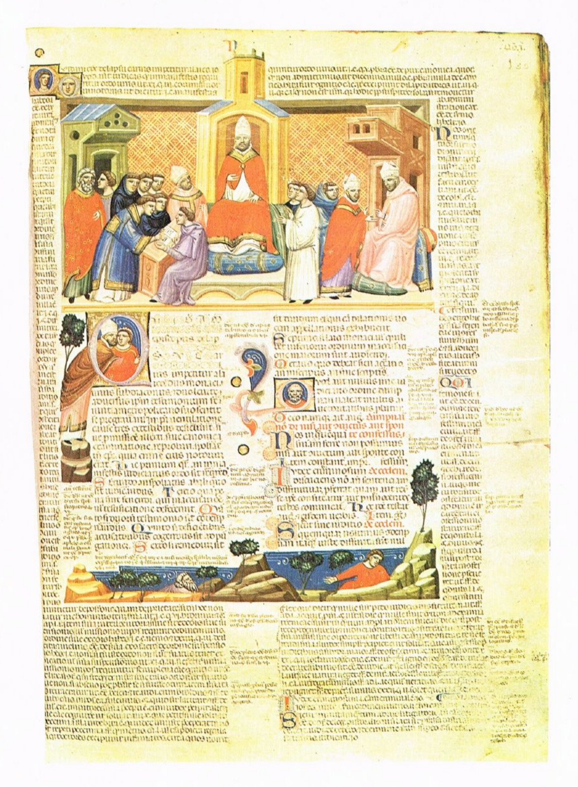
Ya se comprende que tales gremios es-



colásticos, defendidos por rectores y con privilegios confirmados por el papa y el emperador, debían en ocasiones poner perplejas a las autoridades locales. A principios del siglo XIII había en Bolonia diez mil estudiantes, los cuales se sentían tan independientes de la ciudad como hasta hace poco los extranjeros con derechos extraterritoriales en China. No es, pues, de extrañar que los *podestaes* o alcaldes de Bolonia trataran varias veces de conseguir que los rectores incluyeran ciertas disposiciones de las ordenanzas municipales en los estatutos universitarios, pretensión que irritaba en gran manera a los estudiantes, celosos, como todo gremio, de sus privilegios. Si el concejo municipal insistía, tomando medidas disciplinarias, los estudiantes emigraban en masa, originándose, con estas *colonias,* nuevas universidades. Una primera emigración de Bolonia fue a refugiarse en Mantua, donde se estableció ya a fines del siglo XII una escuela de Derecho; otro grupo de descontentos fundó la universidad de Vicenza, en 1204; otro enjambre de doctores y estudiantes boloñeses creó la universidad de Arezzo, en 1215, y la de Padua se originó del mismo modo el año 1222. Ya se comprende que las universidades, expuestas a casi forzada emigración, no debían tener gran empeño en poseer edificios corporativos. Los grandes comentadores del derecho romano en el *estudio* de Bolonia, como Irnerio y Odofredo, explicaban sus lecciones desde el púlpito de una iglesia y a veces al aire libre.

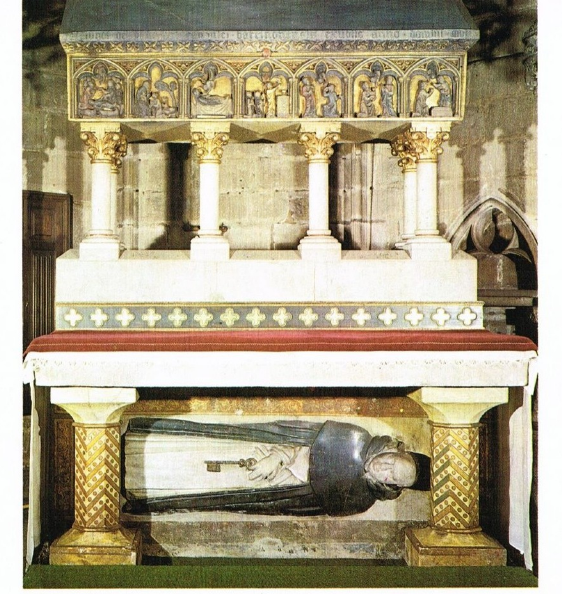
Simultáneamente a las asociaciones de estudiantes se formaron también en Bolonia *universidades* o gremios de maestros, pero tuvieron vida precaria; como eran los estudiantes los que pagaban a los maestros, podían muy bien dejar sin discípulos a un doctor que no fuera persona grata a las universidades o asociaciones de estudiantes. El contrato entre maestros y alumnos variaba según la reputación del doctor, y éste generalmente elegía dos de sus discípulos para que cobraran las cuotas y fijaran el precio para todo el curso. Además, los estudiantes pagaban una matrícula a la universidad. Al matricularse, los estudiantes tenían que jurar obediencia al rector y vestir la capa reglamentaria de paño negro.

El maestro tenía que desarrollar toda la materia. No podía faltar a las clases ni llegar tarde, y le estaba prohibido celebrar otras fiestas del santoral que las aceptadas por el calendario universitario. He aquí de qué manera el gran legista Odofredo se ofrecía para comentar el derecho romano a los estudiantes: "En cada lección os daré, primero, idea de lo que voy a tratar. Segundo, os diré clara y explícitamente cómo el asunto está enfocado. Tercero, os leeré el texto de la ley. Cuarto, repetiré la ley, pero tal como yo la entiendo, y quinto, os explicaré sus aparentes contradicciones. Más aún, si una ley, sea por su importancia, sea por su renombre, exige un repaso, os concederé una hora por la noche para este objeto".



Página miniada (siglo XIV) del texto llamado "Decretum", recopilación de Graciano (siglo XII) sobre las disposiciones de la Iglesia (Biblioteca Nacional, Madrid).

Al cabo de cinco años de estudiar derecho romano, o de cuatro años de derecho canónico, el rector podía conceder al estudiante el grado de bachiller y darle permiso para enseñar sobre un punto determinado del *Digesto* o de las *Decretales.* El candidato tenía que pasar tres años más de ejercicio, enseñando, antes de licenciarse. Recomendado por su maestro, sufría un examen delante del colegio de doctores. Después de oír jun-

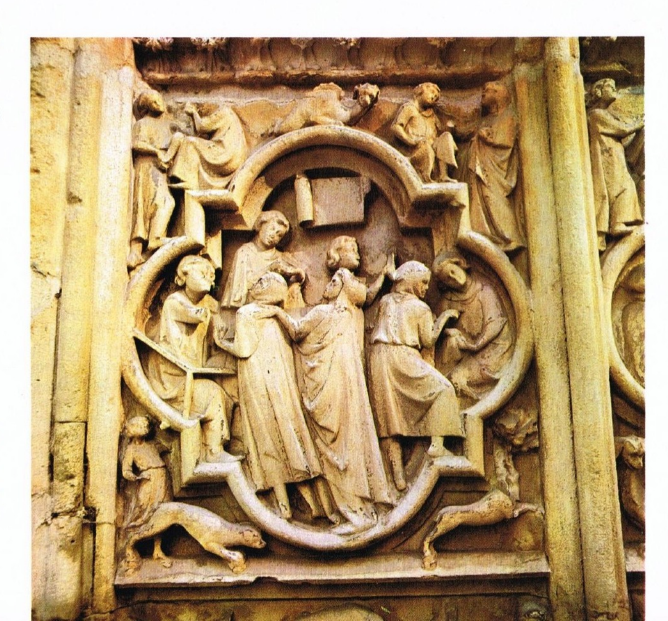


tos la misa del Espíritu Santo, los doctores reunidos señalaban un tema y el candidato se retiraba a su casa para estudiarlo, acompañado del doctor que lo había propuesto. Por la tarde el postulante recitaba su exposición en una iglesia. Aprobado por mayoría de votos, el bachiller era inmediatamente ascendido a licenciado. La ceremonia de obtener el grado de doctor era una pura fórmula, pero muchos demoraban este último paso porque implicaba gastos de consideración: procesiones, convites y regalos para maestros y condiscípulos.

Nos hemos entretenido en la universidad de Bolonia porque ella fue la primera escuela organizada de la Europa medieval, y también por la gran importancia que tuvo el *estudio* de Bolonia en la restauración del derecho romano. Ya hemos visto, al tratar del feudalismo, que si la doctrina imperial, sostenida por el derecho romano, hubiese llegado medio siglo antes de robustecerse el poder real, hubiera sido casi imposible la formación de las nacionalidades. Con todo, el derecho romano influyó en el cesarismo del Renacimiento, y no por capricho Carlos V quiso coronarse en Bolonia. La Iglesia percibió la amenaza que se escondía en el *jus civilis,* y ya en el siglo XIII prohibió a los clérigos el estudio del derecho romano.

Formando contraste con la organización

Sepulcro de San Raimundo de Peñafort, en la catedral de Barcelona, sabio dominico que codificó la jurisprudencia católica en las "Decretales" y aportó con ello nueva savia a la universidad de Bolonia.



Un grupo de estudiantes de la universidad de París representado en los relieves de la catedral de Notre-Dame. Esta universidad centró sus afanes en el estudio de la teología.

El profesor Cino da Pistoia, que descolló en el campo de la jurisprudencia, es interesantísimo también como poeta, alabado por Dante y Petrarca.

del *estudio* de Bolonia, tenemos la de su hermana, la universidad de París; ésta era esencialmente una universidad de maestros, mientras que el *estudio* de Bolonia era una universidad de estudiantes. En otros términos, el gremio predominante en París era el de los doctores, mientras que las corporaciones estudiantiles tenían la dirección del *estudio* en Bolonia. En un principio, era el canciller de la catedral de Notre-Dame quien concedía los permisos para enseñar a los doctores de París; éstos establecían sus escuelas no sólo en la isla de la catedral, sino en barracas construidas sobre los parapetos de los puentes del Sena. Así en el siglo XII se mencionan ya un maestro Adán du Petit-Pont, otro Adán du Grand-Pont, otro Pedro du Petit-Pont,



Una clase en la época medieval, representada en un manuscrito del Museo Británico, Londres.

UNIVERSIDAD Y TEOLOGIA

Al contemplar el fenómeno de las universidades medievales y querer profundizar en el conocimiento de su vida interna y de las posturas de los que las frecuentaban, maestros y discípulos, son muchas las cuestiones que agradaría conocer.

Muchas personas han visto en las grandes universidades medievales casi solamente a los prohombres de la teología escolástica o del derecho canónico. Las exigencias y la necesidad de mantener una inmovilidad de las posturas o instituciones consolidadas a base de seculares esfuerzos, han contribuido no poco a formar una imagen incompleta de la dinámica vida que se observaba en las universidades medievales. Seguramente, en la actualidad muchas universidades y centros teológicos no gozan del espíritu que poseían en los siglos XII a XIV.

Si las universidades son fenómenos típicos del urbanismo medieval, un lugar donde se podían experimentar las "urbanas delicias" (fenómeno que evoca de inmediato la presencia de unos burgueses), la presencia de teología y derecho en la universidad, en buena lógica, no pudo estar al margen del movimiento reformista que transformaba la sociedad feudal

Con la eclosión de las universidades ya no era fácil sostener que la vida contemplativa superaba a la vida activa. San Pedro Damián, empeñado en que la *cupiditas scientiae* suponía un inmoderado deseo de saber que amenazaba trascender los límites de lo que era lícito conocer al hombre, no dudó en afirmar que la predicación de la nueva fe había sido confiada por Dios "a los hombres simples y a los iletrados pescadores". Pero el proceso histórico irreversible hizo inútiles las imprecaciones, de las que todavía se hacía eco posteriormente Dante. La misma burguesía había visto en el saber una posibilidad más para el ascenso social. Bien lo testimonia Gonzalo de Berceo en sus *Milagros de Nuestra Señora* cuando ve en el saber una arma para los "fijos de bonos omnes que querían más valer", para lo que asistían a la "escuela de cantar y leer" de la villa de Borges. La vocación intelectual era un hecho. Y frente al *temerarius scrutator* con las limitaciones impuestas a la inteligencia con el criterio de la autoridad, la afición por una atractiva y arriesgada incursión en los razonamientos lógicos y la pasión por una superioridad individual acabaron por predominar y abocar en las formas corporativas universitarias.

Enmarcada la teología en las corporaciones universitarias y con una populosa y compleja Facultad de Artes, dos grandes problemas hubieron de plantearse maestros y alumnos: qué actitud tomar frente a la sabiduría griega (más concretamente, frente a Aristóteles, bien en sí o a través de los comentaristas árabes) y cuáles eran las relaciones entre saber profano y ciencia sagrada.

El llamado "renacimiento del siglo XII" había puesto al día a los clásicos. Casi doscientas obras o tratados científicos árabes y griegos, traducidos, invitaban a penetrar en la escuela de los filósofos. También el sentimiento religioso, al fin y al cabo amparado en una teología tradicional que sostenía el valor de la persona y la dignidad de todo individuo, abandonó el ideal de la vida cristiana, cifrado exclusivamente en la mística contemplación y en la renuncia al "mundo" dentro de una fortaleza espiritual. La teología buscó avivar las luces de la revelación con la ayuda de la experiencia y del razonamiento, para "re-crear" un mundo manejado por la arbitrariedad de las fuerzas oscuras y de potencias sobrenaturales sin valor propio. "La fe busca el intelecto", afirmó Anselmo de Cantorbery; de este modo, apoyándose en la inteligencia, con la sincera pretensión de satisfacerla, los teólogos volvieron la vista sobre la creación para redescubrirla como evidentemente buena, como reflejo y prueba irrefutable del *summus artifex*. Ya no había razón para rechazar lo creado ni para deformarlo o desnaturalizarlo y así alcanzar carácter religioso. El mundo, como *ordinata collectio creaturarum*, armonioso y bello, volvía a poder ser comprendido y debía ser contemplado. La teología de las escuelas, de los *studia generalia*, de las universidades, entroncaba así dentro de una "revolución comercial", en un entorno afanado por iniciarse en las ciencias naturales que ya buscaban comprender los secretos de la creación para poder someterla al hombre.

Pero, ¿qué hubiera sucedido si hubiese seguido su camino de reencuentro con la naturaleza, con la creación toda, sin seguir la senda de la especulación y del método? Difícil resulta imaginarlo. La teología universitaria se había hecho decididamente especulativa. De este modo, con la ayuda del saber profano y de la razón, en una clara subversión a las estructuras tradicionales, se abandonaba en la universidad de las ciudades y de los burgueses la teología monástica, siguiendo la distinción de J. Leclercq, alimentada con la experiencia espiritual y destinada a fortalecer la vida religiosa, para dar paso a una teología escolar, escolástica, teórica, que apelaba a la razón y pretendía exponer sistemáticamente la doctrina cristiana. Claro que no por esto se ha de afirmar taxativamente que desapareciera de Europa la teología monástica. Pero, junto al hecho de que las *rationes* aparecían como ausentes en el *Tractatus super erroribus* que un benedictino, posteriormente obispo de Marsella, escribió en pleno siglo XIII (1260), también se pueden encontrar casos aparentemente paradójicos, como el de Beatriz de Nazaret, que comparaba su alma con un monasterio del que la *ratio* era la abadesa. Pero, precisamente, la teología estaba en la universidad, no en los monasterios.

J. M.ª P.

etcétera. Por lo que parece, el Pequeño Puente estaba dedicado a las disputas de la lógica. Los maestros exponían sus silogismos como cualquiera otra mercancía de la época. Pero, más que la lógica y las otras artes, fue la teología la que acabó por ser la especialidad del *estudio* de París, y esto explica que la Iglesia pretendiera conservar una inspección efectiva de sus escuelas. Al principio fue relativamente fácil para el canciller de la catedral de Notre-Dame actuar como rector del *estudio;* era él quien daba las licencias para enseñar y el que podía revocarlas. La fuerza de su acción estribaba en que podía condenar como peligrosas las enseñanzas de un maestro determinado, y hasta excomulgarle, sin que ni los estudiantes ni los maestros pudieran oponerse más que apelando a Roma. En cambio, los maestros podían negarse a aceptar como colega a un maestro licenciado por el canciller que no fuese de su agrado. Como es de suponer, esto daba una gran ventaja a la asociación de los maestros del *estudio* de París.

A menudo entre el canciller y el gremio de doctores se suscitaban serias dificultades; el canciller no era teólogo ni maestro, ni pertenecía al gremio de doctores: era sólo la autoridad eclesiástica local y canónigo del cabildo de Notre-Dame, que a veces podía equi-

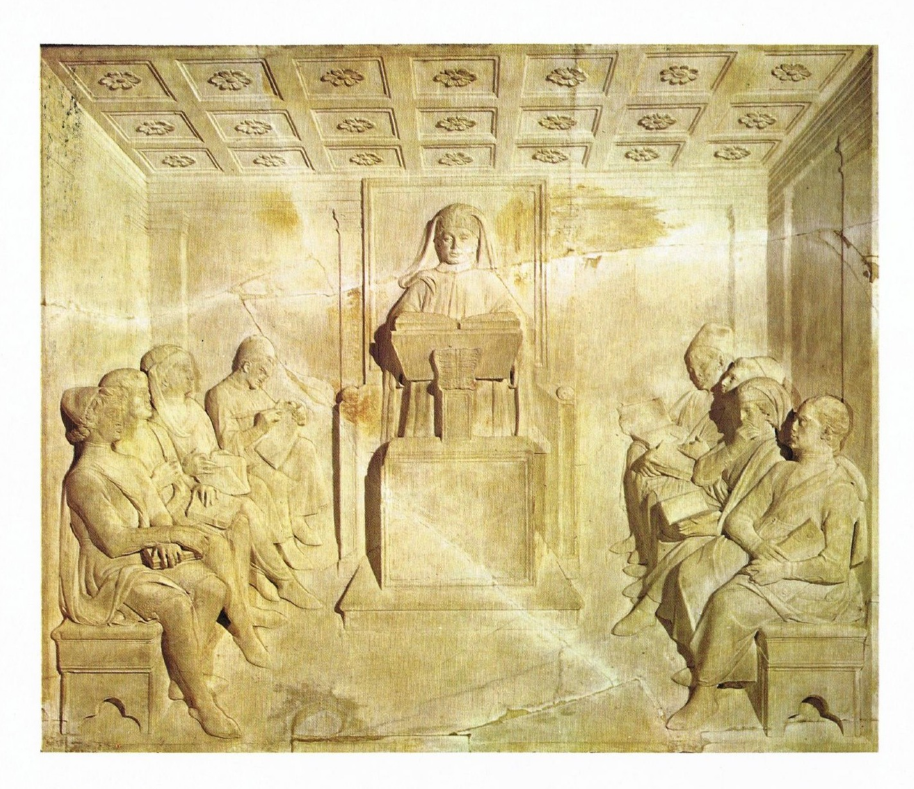


Aspecto de una aula de derecho a comienzos del siglo XIV (detalle del monumento funerario de Cino da Pistoia en la catedral de Pistoia, realizado por Cellino di Nese da Siena). El profesor, sobre una tarima y con un atril delante, en que apoya el libro, imparte sus enseñanzas a los discípulos, que se sientan, de tres en tres, en mesas inclinadas.

vocarse. A principios del siglo XIII, advirtiendo el canciller de Notre-Dame que la universidad de los maestros se robustecía más de lo que él deseaba, trató de exigir a éstos que le juraran ciega obediencia. Este mal paso dividió la universidad de París: los maestros se resistieron, y el papa, contra lo que podía esperarse, se puso del lado del gremio de doctores, en contra del canciller, concediéndoles el derecho de *cessatio,* esto es, de hacer huelga. Además, el pontífice ordenó al canciller que otorgara licencia de enseñar a todos los candidatos recomendados por la mayoría del gremio de doctores. Y como el canciller, además de ser mal juez en materias teológicas, tenía el poder de encarcelar y castigar a los estudiantes que cometían alguna falta, el papa le quitó al canciller el poder judicial, que fue lo mismo que reconocer el carácter laico de los escolares que no eran clérigos ordenados. Estos últimos civilmente continuarían sujetos a la autoridad del canciller.

La disputa entre el canciller y la univer-

Miniatura que representa un "scriptorium" medieval, según aparece en el incunable "Historias de Francia" (Biblioteca Nacional, Turín). En una época en que la imprenta no había popularizado aún los libros, los talleres de los copistas eran de importancia capital y al mismo tiempo complemento de la labor realizada en las universidades.

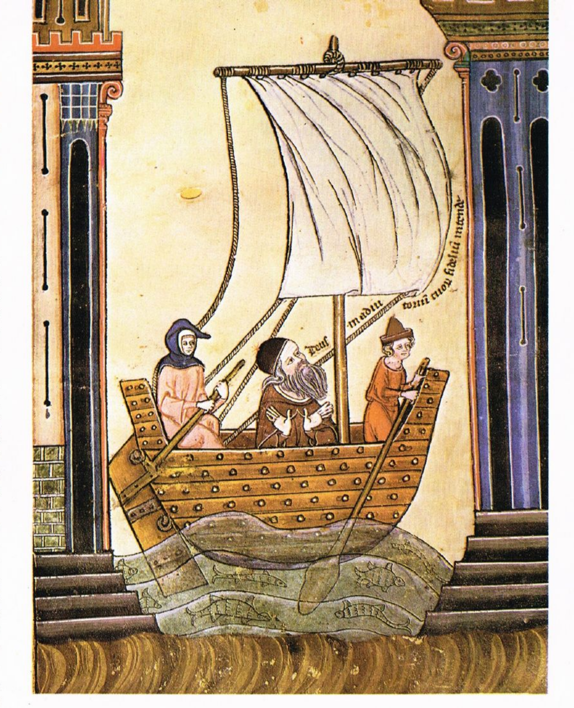


Profesor en la clase con sus discípulos (relieve del sepulcro del jurisconsulto Filippo Lazzeri, en la iglesia de Santo Domingo de Pistoia). Se representa aquí otro tipo de aula, en que los discípulos escuchan sentados en unos bancos apoyados en las paredes.

sidad, o sea entre la catedral y los doctores, duró medio siglo; en ocasiones los maestros fueron excomulgados "en masa" por el canciller, que trataba de recobrar sus derechos condenándoles las doctrinas; otras veces, maestros y alumnos, descontentos, emigraron y fundaron, con sus colonias, nuevas universidades. Es probable que el origen de la universidad de Oxford fuese un grupo de turbulentos de París, aunque los ingleses tenían además otras razones para separarse. A menudo el rey de Francia estaba en guerra con el de Inglaterra, que tenía posesiones al otro lado del estrecho, y entonces los viajes eran sumamente peligrosos. Acaso el origen parisiense de Oxford explica que encontremos allí a un canciller, a pesar de que en Oxford no había iglesia catedral. Pero el canciller de Oxford era ya un miembro de la universidad, elegido por el gremio de maestros, actuaba como el rector del *estudio* de Bolonia y no le quedaba más que el nombre de canciller de Notre-Dame.

En los estatutos pontificios de la universidad de París, del 1231, hay este párrafo final, que alude claramente a las emigraciones escolares: "Y después de los privilegios que nuestro hijo predilecto, el rey de Francia, ha concedido a los maestros y doctores de París, los que vuelvan al *estudio* no serán tachados de irregularidad o infamia por su deserción". Se ve que se trataba de recobrar a las ovejas descarriadas, pero algunas universidades vecinas, como Orleáns y Angers, fueron por lo menos reforzadas con emigrados descontentos de París. Algo ayudarían, para re-

La condena del averroísmo en París se produjo tras una polémica en que tomaron parte Santo Tomás y San Alberto Magno y que sería comentada agudamente por Raimundo Lulio (en el centro de la nave representada en esta miniatura).



tener a los estudiantes, los colegios o residencias para becarios. Algunos databan ya del siglo XII. Pero el más famoso, la Sorbona, fue fundado por Roberto de Sorbon en 1257 y, en un principio, sólo podía alojar dieciséis estudiantes dedicados a la especialidad de teología.

Es característico de la universidad de París que la Iglesia, el papado o, si se quiere, el rey de Francia, pero actuando éste por cuenta del pontífice, cuidaran y vigilaran sus enseñanzas. La universidad de París era, por consiguiente, mucho más tradicionalista que la de Bolonia, y así no es de extrañar que en sus estatutos, dictados por el cardenal legado Roberto de Courçon, se consignara la prohibición de "leer" la Metafísica de Aristóteles y los escritos de "herejes" como Almaric y David de Dinant y del "español" Mauricio, que probablemente quiere decir "el Mauro", o moro, o Averroes. A cambio de esta sujeción mental, los maestros de París recibieron jurisdicción sobre sus escolares y licencia de enseñar sin pagar al canciller. Maestros y estudiantes –dicen los estatutos– pueden hacer reglamentos para administrar justicia, para fijar el precio de los alquileres, para el uso de uniformes, dirimir disputas, etcétera. Bien poco tardó, sin embargo, en caer en desuso la prohibición contra Aristóteles, y el crédito de que gozó el Filósofo en la Sorbona de sobra hubo de compensar los recelos de los comienzos.

La Iglesia comprendió que era más fácil hacer *eclesiástica* a la universidad que mantener *universitario* al canciller de la catedral, y el gremio de doctores de París acabó por ser uno de los engranajes de la jerarquía católica. La Iglesia aceptaba sus decisiones en materias de ortodoxia personal, y en 1210 encontramos a los doctores de París dictaminando en el sínodo que condenó a la hoguera los libros del ya citado David de Dinant y a un gran número de hombres y mujeres. Entre los que fueron quemados vivos, con anuencia de la universidad, estaba un infeliz platero del Gran Puente, llamado Guillermo, a quien se le había contagiado la herejía de Almaric, que negaba la existencia del pecado porque, según San Pablo, todos somos miembros del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, y ni la Iglesia ni Cristo pueden pecar. La re-



Dante Alighieri. Busto realizado con su mascarilla mortuoria y que está en el Museo del Bargello, de Florencia. Nos hallamos aquí ante uno de los personajes más interesantes de la Historia. Sin duda hombre de implacables pasiones, resume e ilustra el prototipo del intelectual formado en el humanismo cristiano del siglo XIII.

EL NACIMIENTO DE LA UNIVERSIDAD DE PARIS

A principios del siglo XII, mientras las escuelas monásticas decaen y la enseñanza superior renace en las escuelas episcopales, París ya es el centro más célebre de Francia y uno de los más importantes del occidente europeo. Su nuevo estilo, derivado del estudio de los autores clásicos, influye en autores muy alejados del ambiente urbano, como San Bernardo.

Durante la primera mitad del siglo XII, y mientras otras escuelas se especializan en medicina (Montpellier), en las matemáticas (Chartres) o en los estudios jurídicos (Bolonia), en París cobran relieve especialísimo los estudios filosóficos. Algunos maestros que enseñan en las colinas del "barrio latino" empiezan a aplicar el razonamiento y la lógica allí donde la autoridad de las Escrituras y de los Padres de la Iglesia no aportan luz suficiente.

Ya antes de 1150, estalla la querella de los "universales", de raíz platónica: ¿tienen las "ideas" una existencia real? Es lo que sostienen una mayoría de "realistas" frente a los "nominalistas", para quienes son sólo palabras.

Los maestros más avanzados, como Abelardo (1079-1142), afirman el poder de la razón. Abelardo critica la posición nominalista de Roscelino y la realista de Guillermo de Champeaux, y adopta una postura intermedia. A pesar de haber afirmado que no se pueden demostrar los misterios de la religión, intenta interpretar diversos dogmas, como el de la Trinidad.

A pesar de la oposición contra los maestros avanzados, no disminuye el ardor por las investigaciones lógicas. Durante la segunda mitad del siglo XII, los estudiantes, cada vez más numerosos, se acercan a París, en cuyas escuelas están impartiendo enseñanzas los dialécticos más hábiles y donde se ponen los cimientos del primer gran sistema filosófico de Occidente: la escolástica.

Nuevos caminos didácticos y filosóficos madura ya fuera de la escuela episcopal, anclada en los antiguos sistemas. La lucha entre las dos tendencias se desarrollará a principios del siglo XIII y de ella va a nacer la universidad de París.

Contra la autoridad episcopal, que pretende continuar reservándose el monopolio de los títulos, maestros y estudiantes se alían en una especie de comuna, que en 1209 acude al papa. Este, Inocencio III, que intenta hacerse con la dirección del movimiento intelectual, optará en 1212, y sobre todo en el concilio de Letrán, por apoyar a la "universidad" frente al obispo y su canciller. En 1231, el pontífice consagra la existencia legal de la "universidad" de París.

Al mismo tiempo que se lucha por la independencia con respecto al obispo, la "comuna" intenta escapar de la autoridad temporal: en 1230, después de una huelga acompañada de un éxodo a Orleáns, la autoridad real renuncia a ejercer su jurisdicción sobre los universitarios.

Grupo femenino en que se cree están representadas Beatriz, Laura, Fiammetta y Villana de' Cerchi (detalle de los frescos realizados por Andrea da Bonaiuto en la Capilla de los Españoles, de la iglesia de Santa Maria Novella de Florencia). Según cuenta Dante, el encuentro fugaz con Beatriz iluminaría su vida para siempre.



presión del año 1210 tiene todos los caracteres de una campaña inquisitorial, y como esto ocurría antes del supuesto establecimiento de la Inquisición por Santo Domingo, bien podríamos decir, sin exagerar mucho, que el tan difamado *Santo Oficio* fue de origen parisiense y universitario, mejor que hispánico y dominico.

Pero de lo que no hay duda es que la disciplina regular del *estudio* de París fue posible por la participación que en él tuvieron los frailes franciscanos y dominicos. Sin la cooperación de las Órdenes mendicantes hubiera sido peligrosísimo abandonar a sus propias decisiones la universidad de doctores de París, que en su mayoría enseñaban teología. Un nuevo Abelardo que no hubiese sufrido la injuria irreparable infligida al esposo de Eloísa, hubiera podido hacer de la universidad un foco de rebeldía y de protestantismo. Pero ya hemos visto a franciscanos como San Buenaventura y a dominicos como San Alberto y Santo Tomás llegar presurosos a París para aprender y para enseñar, y con tales refuerzos no había peligro para la Iglesia. A pesar de las reformas, los benedic-

tinos en París continuaban como internos de su monasterio y no tenían la libertad que concedieron San Francisco y Santo Domingo a sus frailes. Como los sufíes árabes, que acaso inconscientemente venían a imitar, los frailes mendicantes eran esencialmente andariegos, y los dominicos, por añadidura, trataban de salvar las almas predicando. Y como para predicar es necesario saber, el año 1217 encontramos ya a los dominicos establecidos en París. Por otra parte, sin hacer caso de las repetidas recomendaciones que les hiciera San Francisco contra la "curiosidad de conocer", los franciscanos se establecieron en París sólo dos años más tarde que los dominicos.

En un principio, dominicos y franciscanos llegaron a París como estudiantes, pero

UNIVERSIDAD Y CIENCIA FILOSOFICA

La teología universitaria, ya de mano del medio cultural parisiense, hacia los años 20 ó 30 del siglo XIII, al entregarse a la especulación se entregaba también a la filosofía. De este modo apareció en la universidad un tema apasionante para los modernos que quieren alcanzar perspectiva histórica. La utilización de la filosofía, aunque con bastante eclecticismo, introdujo elementos filosóficos en la teología. Pero no predominó la visión de Santo Tomás, que veía a la filosofía como impotente y condenada al error, inferior a la teología, a la que debía integrarse. No obstante, ¿acaso en el siglo XIII todos los pensadores creían en la imposibilidad de que un cristiano concibiese un sistema filosófico?

La respuesta no puede ser definitiva. Todavía los investigadores no acaban de conciliar sus opiniones. San Buenaventura no se negó *a priori* a construir un sistema filosófico. Y San Alberto Magno, el maestro de Santo Tomás, reivindicó para la filosofía del derecho su constitución como ciencia distinta, afirmando la legitimidad y autonomía de la filosofía, hasta el punto que, aun en espera de que finalice la edición de sus obras, hay autores que ven en él el primer sistema filosófico concebido por un cristiano.

Estos momentos destacados se consumaron con Siger de Brabante, quien "no sólo distinguió la sabiduría profana de la teología, sino que la separó e igualó a esta última". De este modo, en la universidad medieval ya se distinguían claramente los diversos campos de filosofía y teología. La teología con su metodología propia. Muy importantes han sido a este respecto las últimas investigaciones, que han demostrado que Siger de Brabante no fue el iniciador del averroísmo latino y de la teoría de las dos verdades, pues el averroísmo, según se ha demostrado, se vino a profesar sólo a finales del siglo (Siger de Brabante muere en 1284).

La universidad, pues, dejó atrás la teología monástica y la separó de la filosofía. Y aunque el tomismo alcanzó un notable éxito, al querer operar la síntesis de las ciencias por medio de la principal servidora de la teología, la filosofía, uniendo los datos de la fe con los de la razón, ha podido afirmarse que el éxito sólo fue temporal.

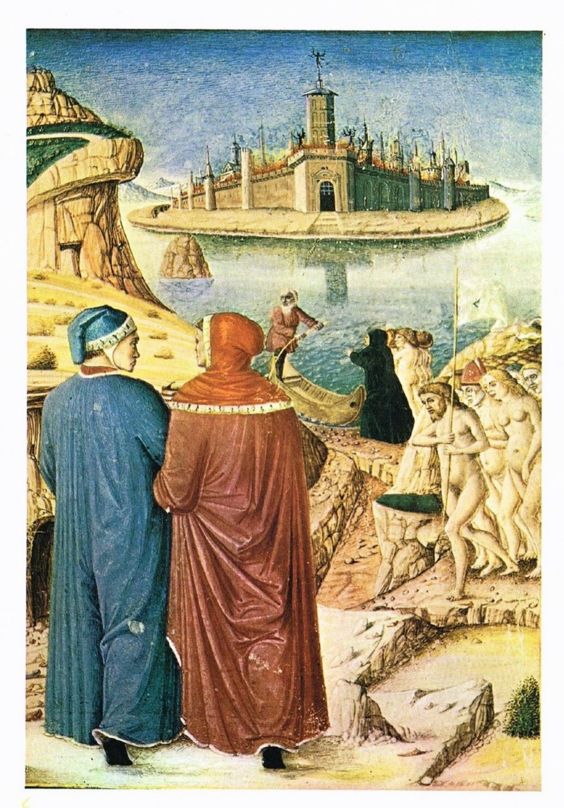
El aristotelismo radical fue ganando cada vez más adeptos. Se tuvo miedo hasta del aristotelismo implícito en el tomismo, y la condena de la Iglesia no se hizo esperar. En 1277, en París y en Oxford se prohibieron las tesis heterodoxas del aristotelismo. A partir de este momento, la reaparición del agustinismo teológico, la puesta en duda del poder de la razón, la presencia de un pensador franciscano como Duns Scoto, previa a la de Ockham, y los seguidores de la "vía moderna", lograron que la teología no sólo se separara de las demás ciencias, sino que comenzara la aparición de un muro infranqueable que vino a ser característico de los mundos modernos.

Ya en 1214, el cardenal Robert de Courçon prohibió la lectura de los libros de Aristóteles. Y qué polémicas y enérgicas reacciones debieron de originarse cuando, años después, el papa Gregorio IX escribía a los maestros de teología de la universidad de París: "Nuestro corazón ha sentido un dolor muy profundo y nos hemos llenado de amargura al ser informados de que algunos de vosotros, ensoberbecidos como otros por el espíritu de vanidad, sobrepasan, según un impío espíritu de novedad, los límites impuestos por los Padres, buscando en el sentido de la filosofía pagana la significación del texto sagrado, cuya interpretación, sin embargo, ha sido encerrada por el trabajo de los Padres dentro de límites definidos: esos límites no sólo es temerario, sino también impío trasponerlos. Quienes lo hacen, obran así para hacer ostentación de su ciencia y no para mayor bien de sus oyentes: no son ni teodoctos ni teólogos, sino teofantes. En efecto, en tanto que deberían exponer la teología según las tradiciones aprobadas que nos vienen de los Padres, poner su confianza no en las armas carnales, sino en Dios, para destruir todo lo que se levanta contra la ciencia de Dios y reducir a cautividad a toda razón por la sumisión de Cristo, extraviados por doctrinas diversas y extrañas, someten la cabeza a la cola, constriñendo a la reina a servir a la sirvienta. En otros términos, apoyándose sobre pruebas terrestres, atribuyen a la naturaleza lo que no pertenece sino a la gracia celeste". Magnífico testimonio de una sociedad que cambiaba sus actitudes religiosas, de un proceso irreversible de subversión que obligó a la condena tajante de 1277 y que explica, o puede sugerir, el que ésta sólo alcanzase un éxito relativo.

En estos tiempos de cambio cabe preguntarse si la universidad, con tanta preocupación por los problemas teológicos, era de carácter totalmente clerical o acaso es detectable algo de su carácter laico. Cuestión importante para desclericalizar ciertas mentes que han convertido las universidades medievales en precedentes tipológicos de seminarios tridentinos rigurosos. Muchos de los que formaban la asociación de maestros estaban al margen de la sociedad tradicional, y los laicos incluso tenían acceso a las cátedras de derecho canónico. En absoluto se les exigía que estuviesen ordenados. Entre los alumnos muchos eran totalmente ajenos a la clerecía. Y por paradójico que pueda parecer, si con anterioridad, en los tiempos gregorianos, fueron los clérigos los que se aislaron de los laicos, ahora, en los tiempos de las grandes síntesis, eran los laicos los que se separaban de los clérigos, para arreglar por sí solos los asuntos o para promover sus intereses o imponer su lengua o sus gustos. Haynal señala que al abrazar muchos universitarios la carrera eclesiástica comenzaba a aparecer en Europa un nuevo tipo social, el intelectual. Incluso la palabra "clérigo", según trabajos de semántica realizados por U. Ricken, ocupaba una posición privilegiada para designar al letrado, pero también tenía otros muchos significados, como el de la persona que sabe escribir, el secretario, etc.

En suma, el mismo proceso de la teología en la universidad llegaba a testimoniar que la razón perdió su firmeza al finalizar el siglo XIII, que los movimientos subversivos y radicales evidenciaban una Iglesia cada vez más institucionalizada, que "la naturaleza se apartaba de lo sobrenatural; las ciencias y la filosofía, de la teología; la experimentación y la argumentación, de la revelación".

J. M.ª P.



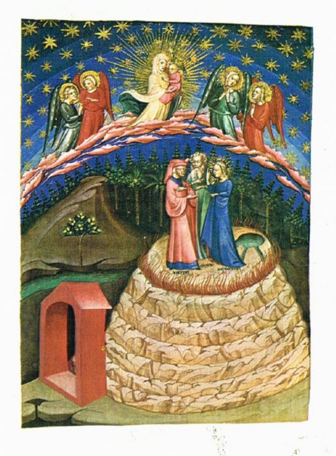
Dante y Virgilio ante la barca de Caronte (miniatura del siglo XV atribuida a G. Giraldi Magri, que ilustra el Canto III de la "Divina Comedia"; Biblioteca Vaticana). Esta obra literaria, interpretación mística y simbólica del descenso de un personaje a las regiones de ultratumba, concierne de un modo directo a la responsabilidad del hombre en función del fin al cual tiende, que es Dios.

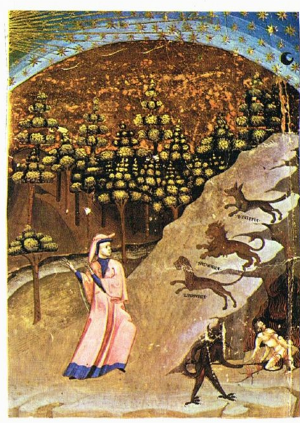
era inevitable que pronto fuesen recibidos en la universidad de los doctores y que su influencia allí fuera la predominante. Es más, el año 1231 cierto Juan de San Gil y el inglés Alejandro de Hales, ambos maestros de teología en París, se hicieron frailes, y éstos, que ya eran doctores antes de tomar el hábito, no podían ser privados de enseñar. En seguida los doctores laicos vieron sus aulas desiertas y quedaron "como pájaros solitarios" porque los alumnos afluían a las clases más de moda, que eran las de los frailes mendicantes.

Así empezó un nuevo conflicto entre la universidad y el canciller, quien creyó llegada la hora de tomar venganza concediendo libremente permisos de enseñar a frailes doctores. Esta vez el papa se puso del lado del canciller, y en una bula del año 1255 obligó a la universidad de los maestros a que aceptara como colegas a los doctores propuestos por el canciller de Notre-Dame, y restringió el poder de *cessatio,* o de declararse en huelga los maestros. El papa dispuso que desde entonces fuese necesario el voto de las dos terceras partes de los miembros de la facultad para suspender las lecciones, y como era seguro que siempre los maestros franciscanos y dominicos tendrían más de un tercio de los votos, el *estudio general* de París les quedaba entregado a discreción.

Aunque en París se enseñaban Medicina y Artes, la ciencia máxima, la ciencia capital, era la teología, y acaso no deberíamos deplorar tanto su monopolio como se hace en general. Todo lo que nos ha llegado en otras ciencias de esta época es mucho más deplorable. Hasta la medicina se estudiaba en París con los clásicos y se analizaban los remedios con discusiones escolásticas. No creemos perjudicar al lector privándole de lo que podríamos decir aquí de la alquimia, astrología y biología medievales; en cambio, la teología, si no ensanchaba el campo del conocimiento natural, por lo menos lo alargaba sin medida ni límite hacia lo alto. Al llegar a la segunda mitad del siglo XIII aún lo que preocupaba al mundo entero eran las cuestiones teológicas. Sin una percepción clara del pasado, sin programas para el porvenir, sin política, con vías de comunicación deplorables, con una ciencia paralizada por falta de primeras materias, no quedaba otro recurso a la humanidad que discutir si el universo es increado, si Dios lo mantiene por necesidad, si el espíritu es uniforme, y si lo que produce la individualidad del alma es el cuerpo en que se encarna. A todo esto se llamaba averroísmo, y antiaverroísmo a lo que lo combatía. ¡Qué herejías más extrañas, y casi diríamos modernas! Parece como si fueran un anticipo de Spinoza y Malebranche. Obsérvese que este averroísmo o aristotelismo –que bien podrían llamarse "herejías de París"– eran esencialmente herejías físicas; no se trataba de si el Padre engendró al Hijo ni de si el Espíritu era consustancial con ambos, y otras cosas que ya se discutieron en Alejandría y Constantinopla. Existía entonces en París un vivo deseo de saber, si no cómo funciona el universo, a lo menos cómo fue creado, y esto ya preludiaba el Renacimiento.

La sentencia de París contra el averroísmo (1270) vino preparada por una polémica en la que intervinieron Santo Tomás y Alberto el Magno, y que comentaría Raimun-





Dos ilustraciones del siglo* XIV *de la "Divina Comedia" (Biblioteca Nacional, Madrid).

do Lulio. Pero que las conciencias no se aquietaron del todo lo prueba que se continuó disputando, y Dante aún considera al campeón del averroísmo parisiense, Siger de Brabante, como digno de formar en el grupo de teólogos católicos en el Paraíso. El propio Santo Tomás le dice a Dante, en la *Divina Comedia:* "Esta que ves aquí es el alma de Sigero, – que, envidiado, enseñaba la verdad – en la escuela de París, como extranjero".

Así habla Dante, que de no haber tenido que emigrar, hubiera sido un exquisito poeta de Florencia, pero no nos habría dado el maravilloso compendio de todo el sentir y pensar de la época, resumido en su extraordinaria epopeya llamada *Divina Comedia.*

Dante nació el 1265, lo que quiere decir que, cuando escribía, ya la teología y la jurisprudencia medievales se habían estabilizado. Aunque era florentino por sus pasiones, el apellido *Alighieri* es teutónico, y esto explica la fuerza mental que hubo menester para construir su sistema del universo. Políticamente era un aristócrata y soñaba con un feudalismo en el que Florencia sería una célula de la gran estructura imperial. *Señoría corporativa,* Florencia tenía que ser, para Dante, un municipio modelo sin ambiciones sobre el resto de la Toscana. En la *Divina Comedia,* el poeta hace hablar a su tatarabuelo, que estuvo en las cruzadas, quien describe así la vida de su tiempo, que Dante deseaba restaurar: "Florencia cabía en sus antiguos muros, – con vecinos quietos, sobrios, puros...".

Dante escribió un libro: *De Monarchia,* que podía más bien titularse: *De Imperio,* en el que asegura que el objetivo de la civilización es el de hacer producir su máximo rendimiento al intelecto, y esto no se puede obtener sino con la paz, y la paz requiere un supermonarca o emperador. Prueba también que el emperador debe ser romano, porque Cristo dio el ejemplo, sufriendo pasión y muerte bajo el poder de un representante de Tiberio; con más razón, el papa y las jerarquías eclesiásticas han de cooperar con el poder temporal sin pretender soberanía política.

"¡Esclava Italia, tierra dolorida! – ¡Nave sin timonel en tempestad, – sin honra estás, como mujer caída!...", dice Dante, porque nadie tiene el freno y nadie está sentado en "la silla de Justiniano", o del Imperio, para librar a los italianos de la discordia y la tiranía. La Iglesia seguía entonces la corriente de los tiempos y apoyaba a las monarquías nacionales de toda Europa y a los tiranos de las ciudades italianas, soliviantados contra el emperador. Es más, pocos años antes la política del pontificado había favorecido la instalación de una monarquía francesa en Nápoles y desde allí el hermano de San Luis, Carlos de Anjou, conspiraba con el papa para deshacer las ligas imperiales.

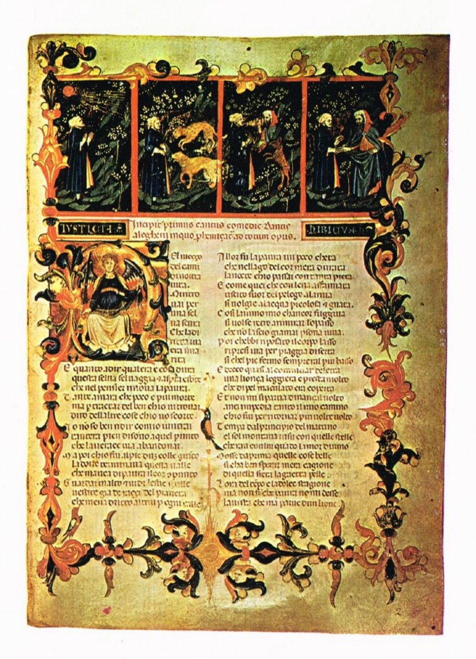
Nada hará tan patente el fracaso a que estaban condenadas en Italia las aspiraciones imperiales como el relato del episodio de la expedición de Enrique VII. El año 1309 fue elegido emperador Enrique de Luxemburgo, cuyo gran corazón y bonísimas cualidades impresionaron a todas las gentes de su épo-



Monumento a Dante en Florencia, ante la fachada de la iglesia de Santa Croce. Condenado al destierro en 1302, nunca más pudo ya regresar a su patria.

ca. Acaso la circunstancia de ser pequeño su principado hizo que se lanzara a empresas de conquista. Casi en seguida, al siguiente año, Enrique descendió a Italia, empezando por coronarse en Milán con la corona de hierro de los longobardos. Dante estaba presente, y, en una carta, aseguraba al emperador que sus enemigos del bando güelfo huirían ante él como los filisteos y que los desterrados gibelinos volverían a sus casas, como los judíos de Babilonia volvieron a Jerusalén. Pero pronto los acontecimientos probaron que Dante y Enrique VII eran unos rezagados, o quizá visionarios de un futuro muy lejano. En mayo del mismo año, el hermano del emperador perdió la vida en el sitio de Brescia; en septiembre, la emperatriz moría en Génova; el mes de mayo de 1312, Enrique VII entraba en Roma, pero hallaba cerrada la iglesia de San Pedro y tenía que capitular, dejándose coronar otra vez por el papa en San Juan de Letrán. De Roma pasó el emperador a poner sitio a Florencia, donde dominaban los enemigos de Dante, pero murió, sin poder conquistarla, en un convento vecino. Dante, en la *Divina Comedia,* ya vio el trono que tenían preparado para Enrique VII en lo más alto del empíreo: "Esa corona que allí está ya puesta, – y ese gran trono que tú ves enfrente, – son para boda que ya está dis-

Comienzo de la "Divina Comedia" en un manuscrito del siglo XIV (Biblioteca Laurenziana, Florencia). La distribución en círculos de esta obra quizá se deba a influencia del filósofo hispano árabe Aben Tofail, a quien Brunetto Latini (maestro de Dante), que sabía árabe, es posible que conociera.

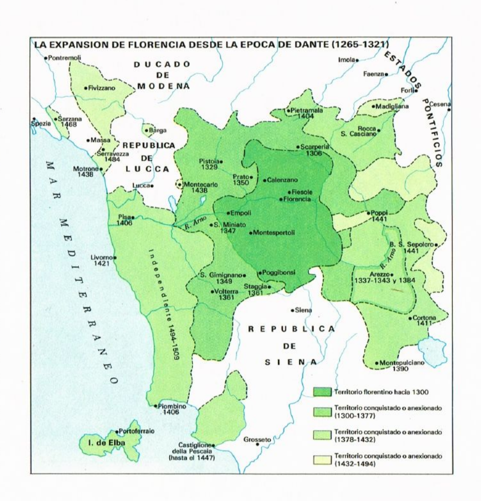


puesta. – Son para el alma de aquel gran Enrique – que fue a Italia a coronar su frente".

Después de la catástrofe con que acabó la expedición de Enrique VII, güelfos de Florencia promulgaron una amnistía para los emigrados del partido del emperador, pero de ella exceptuaron a Dante. Solo, desterrado, agobiado de deudas, encontrando muy duro el pan ajeno y con la amargura de tener que vivir con un huésped que era casi un amo, Dante buscó consuelo a sus tribulaciones dedicándose a la mística y a la teología.

Años antes había empezado un poema con la descripción de un viaje imaginario a las regiones de ultratumba. Era un tema popular de la Edad Media; varias naciones tenían su leyenda, más o menos poética, de un santo o caballero que desciende al purgatorio, y la tradición islámica había zurcido una copiosa literatura sobre el ascenso de Mahoma a los siete cielos. Es posible que Dante conociera algunas de estas leyendas del Islam, aunque nos presenta como su guía, su maestro y precursor a Virgilio, quien también había hecho descender a Eneas a los infiernos. El poema de Dante empieza así: "Al estar ya en la mitad de la vida – me encontré en una selva oscura – donde la vera vía era perdida. – No basta con decir fue cosa dura – esta selva salvaje, áspera y fuerte, – que el recordarla renueva la amargura. – Tanto fue amarga que casi me dio muerte; – mas por decir del bien que allí encontré, – diré del mal que vino de esta suerte...".

Por la introducción ya comprendemos que el Dante, al empezar su poema, se proponía no sólo describir el mal y las torturas del infierno, sino también el bien, o la beatitud de las almas en el cielo. Boccaccio explica que, al salir desterrado de Florencia el año 1301, Dante abandonó entre sus papeles los siete primeros cantos de la *Divina Comedia.* Seis años más tarde, sus amigos de Florencia encontraron en un armario estos papeles, que allí yacían completamente olvidados, y los enviaron inmediatamente al poeta, quien creía que habían sido destruidos en el saqueo de su casa por las turbas del bando güelfo. Boccaccio añade que Dante, al recibirlos, dijo: "Había ya abandonado este proyecto





de poema, pero, pues la fortuna me ha devuelto estas páginas, probaré de recordar la idea que tenía y acabarlo con ayuda de la gracia".

Desde entonces, el año 1307, hasta que murió, el 1321, Dante trabajó sin cesar en la *Divina Comedia*. Cuando daba por terminados seis o siete cantos, los enviaba al señor de Verona, Cangrande della Scala, quien actuaba como jefe del partido del emperador en Italia. Con ello, no debe extrañarnos que la *Divina Comedia* esté llena de pasión política. Los crímenes contra el Imperio serán castigados más duramente que los pecados capitales. En el último pozo del infierno, más abajo del lugar donde se da tortura a los traidores a la patria, están los traidores a la Suprema Majestad: Judas, que entregó a Cristo, y Bruto, que asesinó a César. Judas y Bruto se encuentran con Lucifer, sumergidos en un mar de hielo, y, como ellos, los nacionalistas del partido güelfo tendrán por compañero de torturas al maldecido Iscariote. Dante envió los primeros cantos del *Paraíso* al

Dante inmortalizado por Rafael en el fresco de la "Disputa del Sacramento", en las "estancias" del Vaticano.

DANTE Y EL IMPERIO

Los legados de Alberto de Habsburgo admiten en 1303 la idea del Imperio que tiene Bonifacio VIII: un emperador vasallo de la Santa Sede y un Imperio que es universal porque se confunde con la Iglesia universal.

En el primer tercio del siglo XIV, diversos tratadistas intentan hallar una justificación racional del poder imperial e independizarlo de la teocracia pontificia.

Engelbert de Admont: "De ortu et fine Imperii Romani" (1308).

Sus ideas inspirarán las pretensiones de restauración imperial de Enrique VII.

Para Engelbert y Dante, una autoridad única es necesaria en el mundo. Se deduce del concepto de orden universal, que requiere alguien que lo garantice, un árbitro entre las distintas pretensiones, un emperador sobre los reyes.

Dante: "De monarchia" (1312-1313).

El emperador no hace sino continuar la potestad legítima que ostentaba el emperador en Roma. Autoridad reconocida por el mismo Cristo, que se sometió a ella y fue juzgado por jueces romanos.

Dante abordará un problema central soslayado por Engelbert: las relaciones Iglesia-Imperio. La naturaleza humana tiene un doble fin, la vida temporal y la salvación eterna; esta dualidad exige un doble gobierno: el del papa y el del emperador. La armonía y la coordinación deben existir entre ambos poderes: el emperador respetará la Iglesia; el papa inspirará moralmente al emperador.

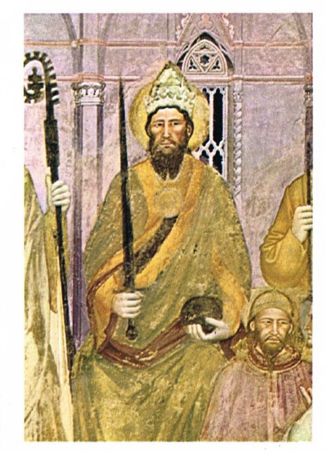
Marsilio de Padua: "Defensor Pacis" (1324).

Sus ideas inspiran directamente la acción antipapal del emperador Luis de Baviera.

Partiendo de la dualidad Iglesia-Imperio defendida por Dante, Marsilio de Padua traza una teoría audaz sobre cada uno de estos poderes. A la autonomía deseada por Dante, suma las dos máximas aspiraciones de su tiempo: el laicismo –un emperador omnipotente en el ámbito temporal– y la democracia –una Iglesia sin jerarquías–.

señor de Verona, con una carta en la que se queja de pobreza y otras circunstancias difíciles por que atraviesa, pero añade un utilísimo comentario al doble sentido de todo su poema. Por él comprendemos que, además de su significado político y real, tiene la *Divina Comedia* una interpretación mística y simbólica. El primer canto del *Paraíso* empieza ya con estos versos: "La gloria de Aquel que todo mueve, – penetra en el universo y resplandece; – en ciertas cosas fuerte, en otras leve. – Yo fui al cielo, do su luz más crece, – y cosas que allí vi no las diré, – ni nadie las dirá que descendiese".

El tomismo o aristotelismo de estos conceptos es evidente: Dios es causa del movi-



Enrique VII, por Andrea di Bonaiuto (Capilla de los Españoles, iglesia de Santa Croce, Florencia). Este emperador alemán quiso arreglar los problemas italianos, pero fracasó. Dante le dirigió una de sus célebres cartas; en la obra "De Monarchia" le hizo encarnar el ideal de una monarquía temporal independiente del papado, y en la "Divina Comedia" le colocó en lo más alto del empíreo.

Ilustración de William Blake para la "Divina Comedia". Los prerrafaelistas ingleses, cuyo jefe, Dante Gabriel Rossetti, ya se había deleitado en las figuras de Dante y Beatriz, no podían dejar de sentirse atraídos por cuanto de misterioso tiene dicha obra.

miento y, según Aristóteles y Tomás, las cosas se sostienen por el deseo que las mueve hacia Él. Y como el movimiento es lo que da forma y caracteriza cada cosa, Dios no sólo es su motor, sino su creador. Dios resplandece y penetra las cosas, en unas más y en otras menos, y este más o menos del Espíritu de Dios, que brilla en cada cosa, contribuye a su individualidad. De esto a creer que la individualidad provenga sólo de la desigual distribución del Espíritu, ya no hay más que un paso; y es cierto que este paso no lo dieron ni Aristóteles, ni Santo Tomás, ni Dante. Pero, con tales ideas, tampoco asombra que Dante pusiera a Averroes y a Siger de Brabante en lugares preferentes del reino de ultratumba.

Dante, en la primera parte de su viaje, recorre el infierno y el purgatorio acompañado de Virgilio, que representa la sabiduría humana, o la Filosofía. En estos lugares no encontraremos a los diablos que huelen a azufre, con largas colas y grandes horquillas, del infierno popular. Las almas sufren por la continuación de su mismo pecado, tienen con exceso lo que habían deseado desordenadamente en su vida terrena. Los esbirros o ejecutores de la Justicia Divina son centauros, arpías, Minos, Carón y otras creaciones de las gentes grecorromanas. En este sentido, la *Divina Comedia* es una primera manifestación del Renacimiento, otro síntoma, como la resurrección del derecho romano, del interés por lo clásico que se manifestará más tarde.

Al llegar al umbral del cielo, Virgilio tiene que abandonar a Dante y confiarle a Beatriz; ésta representa el conocimiento de las cosas de Dios, o sea la Teología. El motivo por el cual Dante escogió esta doncella florentina por guía, en lugar de un doctor, como San Agustín o Santo Tomás, es también muy significativo: Dante, al salir de la pubertad, se había enamorado de Beatriz Portinari, muchacha de nueve años. "Ella se me apareció vestida con el más noble de los colores, un modesto y apropiado color escarlata, com-



"La barca de Caronte", por Eugène Delacroix (Museo del Louvre, París). En esta pintura, Dante, acompañado por Virgilio, está realizando su viaje. Los pintores románticos tampoco pudieron sustraerse al encanto esotérico de la "Divina Comedia".

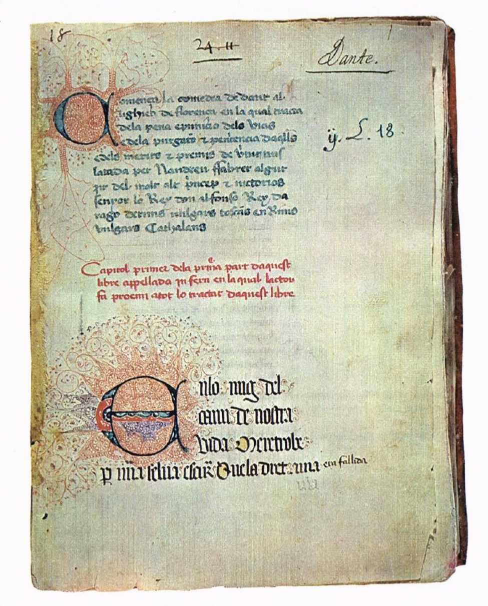
puesta y adornada como correspondía a su edad. Luego que la vi, el espíritu vital, que mora en lo más recóndito del corazón, empezó a sacudirme con tal temblor, que casi perdí el sentido y pronuncié con voz desfallecida estas palabras: –He aquí un dios, el Amor, más fuerte que yo, que me gobernará siempre."

Beatriz murió joven, pero, por su misma inocencia, sabía más de las cosas de Dios que los maestros y doctores en Teología. Si Dios penetra en cada cosa, Dios penetrará el alma y ésta, en su pureza, llegará a conocer las cosas de su Creador, como el filósofo autodidacto de Aben-Tofail, del que hemos hablado en otro capítulo. Es de suponer que Dante no quiso llegar tan lejos como Aben-Tofail, pero, ateniéndonos al doble sentido que palpita en toda su obra, Beatriz debe de ser algo más que la niña florentina que amó en su juventud y que se le aparece embellecida con el tiempo.

Pero ni aun Beatriz puede llegar hasta el trono de Dios; en los últimos cantos del *Paraíso* la doncella confía el poeta a un último guía, el doctor místico más en boga por aquel tiempo, San Bernardo de Claraval; éste conduce a Dante a presencia de María, "Virgen y Madre, hija de su Hijo, – humilde más que toda criatura", y, sobre todo, ante Dios, que está descrito todavía en el verso final de la *Divina Comedia* como el motor –el *primum movens* que afirmaba Aristóteles–, como "el Amor que mueve al Sol y a las estrellas".

Dante murió en el destierro. Su contumaz rebeldía pareció, hasta hace poco, testarudez de reaccionario que pretende mantener la caduca idea imperial, en oposición a las monarquías y las nacionalidades. Pero hoy el ideal de Dante vuelve a ser, para muchos, la única solución posible de la Europa destrozada por odios de naciones. Acaso, en lugar de un emperador se establezca un Consejo Internacional, pero es evidente que sólo una organización basada en el respeto de la variedad de las gentes y también en el reconocimiento de la unidad de intereses puede dar al mundo viejo la paz y la prosperidad que parecen imposibles con el exceso de nacionalismo de nuestros días. Organizaciones así ya están en marcha, pero quedan por ver su eficacia y la sinceridad de sus componentes.

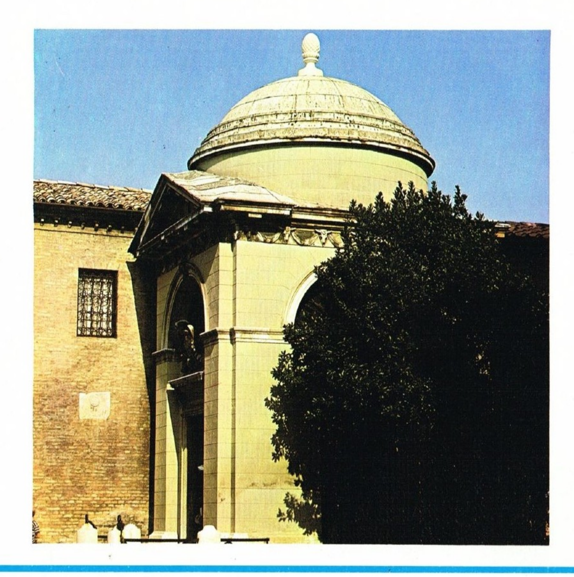




Comienzo de la traducción al catalán de la "Divina Comedia", realizada por Andreu Febrer, que la terminó en 1429. Es la más antigua de las traducciones en verso (tercetos endecasílabos) que se conoce de la obra de Dante (Biblioteca del monasterio de El Escorial).

BIBLIOGRAFIA

Crombie, A. C.	*Histoire des sciences dès Saint Augustin à Galilée (400-1650),* París, 1959.
Genicot, L.	*Europa en el siglo XIII,* Barcelona, 1970.
Gentile, G.	*Dante politico e altri saggi,* Milán, 1955.
Giner, S.	*Historia del pensamiento social,* Barcelona, 1966.
Heers, J.	*Occidente durante los siglos XIV y XV,* Barcelona, 1968.
Huizinga, J.	*El otoño de la Edad Media,* Madrid, 1961.
Le Bras, G.	*Histoire du droit et des institutions de l'Église en Occident,* París, 1965.
Rashdall, H.	*The Universities of Europe in the Middle Ages,* Oxford, 1936.
Romero, J. L.	*La Edad Media,* México, 1949.
Stelling-Michaud, S.	*L'histoire des universités au Moyen Âge et à la Renaissance au cours des vingt-cinq dernières années,* Estocolmo, 1960.
Thrupp, S. L.	*Changes in Medieval Society,* Nueva York, 1964.



Mausoleo de Dante en Ravena, erigido en el siglo XVIII en las inmediaciones del templo de San Francisco, en cuyo pórtico había permanecido su enterramiento hasta aquella época.